

ESPAÑA PINTORESCA.



LA PEÑA DE MARTOS.

VIAJES.

MARTOS.

Artículo I.

Fatigados del cansancio de una jornada, que el calor de la estación nos obligó á emprender durante la noche, por las quebradas vertientes de las sierras de Doña Mencía, y del insomnio que abrumaba ya nuestras cabezas,

AÑO VIII.—8 DE ENERO DE 1843.

atravesamos despues de media noche el cauce arenisco del Marbella, y al comenzar el crepúsculo matutino del 10 de Agosto, nos dejábamos muy atrás las afamadas ventas de *Doña María*, y recreábase nuestra vista en contemplar allá en lontananza, formando grato y despejado horizonte, el castillo de Martos y la Peña y villa del mismo nombre. A su solo aspecto asaltan la mente del viajero mil peregrinos sucesos, jornadas y encuentros gloriosos de pasadas conquistas, amargados con el penoso recuerdo del suplicio de los Carvajales, con las revueltas y cismas de la Orden de Calatrava en los siglos

XIV y XV, y con el tropel de desafueros y demasías, que mas de una vez hicieron verter noble y cristiana sangre en los campos de Baena y Villareal, desgarrando los pendones de caudillos invictos, ó echando sobre su fama y lustre la manilla de aleyosos. Arábase y crece el calor de la imaginación, cuando aproximándose á su falda distingue hacia el opuesto lado de la villa, en un camino sombreado por el peñasco, el monumento funerario de las víctimas, vulgarmente nombrado, *Cruz del Horro*. Empero no alcanzan á debilitar estos azarosos presentimientos la agradable sensación que en el amante de las artes produce el cuadro de la población, el doble circuito de sus muros y pardos torreones, las esveltas y elevadas cúpulas de sus templos, y la situación pintoresca del caserío, que ciñe la ladera del monte y se derrama hacia el Oeste y Septentrión, ocupando la colina, que le sirve de pedestal, y dejando en su centro una espaciosa explanada dividida en anchas calles, que desensocan en la plaza alta, rica en memorias y en suntuosas fábricas de diversas edades, trazas y dimensiones. Podiéramos compararla á Toledo en lo severo de sus edificios, á Baeza en lo fuerte y numeroso de sus castillos y baluartes, y acaso también á Gibraltar, si se nos permite poner en parangón una roca poblada de habitantes campeando sobre frondosísima y dilatada vega, salpicada de caseríos, cubierta parte de olivares y parte de viñedos, huertas y tierras de labor, con el Peñón del Estrecho, señoreando la llanura cristalina de entrambos mares, y recibiendo homenaje de los edificios flotantes que lo circundan.

Bajo dos aspectos diferentes vamos á considerar esta población; el histórico y el artístico; y no se estrañe que nuestra pluma corra con demasiada ligereza sobre el primero, siendo tantos y tan graves los cronistas que la engrandecen, y que menudamente nos han referido todas sus glorias pasadas. Rades, Caro de Torres, Argote de Molina, Jimena, Patón y otros muchos y celebrados ingenios, suministran abundante materia para el discurso, lo cual no permiten los estrechos límites de un periódico. Contentense, pues, nuestros lectores con esta mal trazada reseña, y con el exacto dibujo que hicimos sacar durante las pocas horas que en Martos nos detuvimos. Por él vendrán en conocimiento de el lugar y situación que ocupan los edificios mas principales, desde nuestra Señora de la Villa, San Amador y Santa Marta, antiguas parroquias asentadas de muros adentro del primitivo recinto, hasta el convento de San Francisco y *Fuente nueva*, que sirven como de bordes al segundo, y de entrada á los que se dirijen hacia Jaen desde la campaña del reino de Córdoba. El cuadro general que por este punto ofrece la villa, parece estrecho y mezquino para un pueblo de once mil habitantes; mas, penetrando en sus calles y cruzándolas desde un extremo al otro, se cambia de concepto, y aun parece menguada el cálculo estadístico de los modernos geógrafos.

Los antiguos, y en particular Tolomeo, nos la dieron á conocer con el nombre de *Tucci Augusta Gemella*, una de las ocho colonias que tenían los Romanos en la Bética, como atestiguan diferentes lápidas que irae Xi-

mena en sus *Anales*, y que nosotros pudimos observar incrustadas en la pared de la cárcel que da á la calle de San José, á pesar de lo maltratadas por la intemperie, y de la capa doble de cal que oscurece parte de sus inscripciones. De ellas resulta que los Tuccitanos erigieron templos y estatuas á la Piedad, á Hercules y á otras divinidades gentílicas; que era una república famosa y opulenta; que en ella hubo establecidos los linajes de Bebios, Valerios y otros distinguidísimos de Roma; que tenía Curia, Orden, Magistrados, Sacerdotes y Sacerdotisas, con otra multitud de circunstancias que la distinguían aun entre las ciudades de su especie; tales como el fuero de batir moneda, que con los modulos y troqueles de ella nos explica Florez en su importante obra de *Colonias y Municipios de España*.

Duró esta fama y nombradía despues de la division del imperio Romano, y bajo la dominacion goda en la Península; pues la vemos ennoblecida con silla episcopal muy cerca de los siete Apostólicos, segun hay memoria en las actas de los concilios de Toledo, y en las del Ilberitano del año de 300. En ellas aparecen los nombres de siete Prelados Tuccitanos; Camerino, Velato, Agapio, Fidencio, Gupa, Vicencio y Sisebado; y del presbítero Centauro, que parece hubo de concurrir el Concilio cuarto toledano. En la carta del Rey Recesvinto, inserta en el Fuero Juzgo, se hace honrosa mencion de uno de ellos, de Agapio, juntamente con otros de Cabra, y varios jueces y sacerdotes, en el año 651 de Jesucristo. No es menos ilustre el nombre de esta antiquísima población en los fastos del cristianismo, por haber dado, á mediados del noveno siglo, un mártir tan heróico á la iglesia, como lo fué San Agador durante la sangrienta persecucion del Califa de Córdoba Mahomad, apellidada *Arabiya*.

Hacia este tiempo la villa de Martos, ocupada por la morisma, habin sido fortificada y engrandecida por aquellos príncipes, y despues por los monarcas de Baeza, que la consideraron siempre como llave y primer baluarte del reino de Jaen, contra las invasiones de los Reyes de Castilla. En lo mas elevado de la peña subsistia la fortaleza levantada por los latinos, y conservada por los Godos. Guarnecíala espesos muros, flanqueados por cubos circulares; y posteriormente se construyó un nuevo recinto que abrazaba el pueblo, protegiéndole con un segundo castillo y diferentes torreones cuadrilateros, que hacian inespugnable la obra antigua, y de peligroso y difícil acceso la de fecha mas reciente. Débese atribuir esta segunda línea de circunvalacion á los caballeros de Calatrava, de cuya orden fué principal cabeza en Andalucía, desde que cedida, por Aben-Mahomad Rey de Baeza, con la ciudad de Andújar, al de Castilla Fernando el Santo, en señal de vasallage, año de 1225, la donó este príncipe al noveno Maestre de dicha esballería, D. Gonzalo Yañez de Novoa, juntamente con Porcuna, Viveros y otros términos conquistados y por conquistar, segun consta de la merced otorgada en Toledo á siete dias de Diciembre de 1228, duodécimo año de su reinado. Desde esta fecha empieza Martos á figurar noblemente en la historia de las guerras, lides y movimientos de Castilla, y en las cróni-

cas de la Orden; contribuyendo mucho á ello su situación topográfica, á la frontera del reino de Granada, de que hubo de formar parte cerca de quinientos años.

Aventurado parecia, si no imposible, á pesar de su fortaleza y de la bizarría y denuevo de sus defensores, sostener mucho tiempo esta plaza tan importante contra los embates repetidos de la morisma, que desmayada antes con la súbita muerte del valeroso Califa Abenhuat, asesinado en Almería, recobraba ahora nuevos bríos y esperanzas á la voz del astuto Mahomad-Ben-Alhamur su sucesor. Habíase éste hecho proclamar Rey de Arjona, pueblo de su nacimiento; y si bien pobre y faltó de gentes y de recursos, no por eso dejó de asegurarse la diadema, apellidando guerra al nombre cristiano, remitiendo las dispersas tropas de Baeza, Jaén y Granada, y recobrando por sorpresa pueblos indefensos ó desguarnecidos. Engeuido, como estaba al principio, con la toma del castillo de Garces á los soldados de Castilla, irritáronle mucho las conquistas que San Fernando hizo en la primavera de 1227, y la inesperada defección del Rey moro de Baeza, que con lucidos escuadrones le saliera al encuentro y prestara obediencia y vasallaje como príncipe tributario de aquella corona. Resuelto el de Arjona á vengar el ultraje recibido, volvió toda su furia contra la villa y Peña de Martos, de que era á la sazón gobernador el Adelantado de la frontera Alvar Pérez de Castro, Conde de Lara. Entendiera Alhamur que éste había salido para tierra de Toledo á verse con el Rey y tratar de la guerra de Andalucía; pero ignoraba que su sobrino Alvaro de Meneses, encargado de su custodia con los pocos soldados que quedaron de guarnición, se había ausentado también con designio de hacer algaras y talar los campos enemigos, dejando sin una pica el castillo y encomienda que le estaba confiada. Poco reparo debió de darle tan escasa fuerza, teniendo triplicadas las suyas: marcha apresuradamente sobre la villa, y la cerca y la estrecha con vivo ardor. Pero ¿cómo explicar su asombro viendo de repente coronados los muros de hombres armados, ocupados los puestos peligrosos por masas imponentes, que blandiendo sus armas y haciendo brillar sus escudos y cotas, parecían esperar la señal de acometer? ¿Quién era aquel ambiguo jefe que sin descanso ni zozobra corría de puesto en puesto, y enardece el entusiasmo guerrero de sus soldados? A tan inesperada sorpresa decae el ímpetu del monarca de Arjona: vé las dificultades de un largo asedio; y resólvase por levantarle, maldiciendo el torpe error de sus espías, cuando se siente acometido por el flanco de retaguardia por un lucido escuadrón de ginetes, de Calatrava y peones armados, que acudieron al animoso Pérez de Vargas y D. Alvaro de Meneses. Trábase la lid: mas ya era tarde, y rota la línea por núl puntos diferentes, entra sin grave riesgo ni lesión el socorro en la villa, obligando á Alhamur á emprender una fuga vergonzosa. Qué espectáculo para los jefes de la milicia cristiana al penetrar en el castillo! La noble condesa de Lara, la heroica esposa del Adelantado Alvar Pérez, sus damas, criadas y dueñas de servicio, desbordadas y cubiertas de capaces y férreas armaduras,

ocupando los puestos abandonados por el descuido y la impremeditación. Un escuadrón de débiles mujeres había hecho retroceder con ignominia á la morisma de Granada, y salvado la fortaleza de nueva esclavitud. Dichoso siglo, en que batallando á la vez por religión y reino, sobraba tanto la valentía, que tímidas doncellas y delicadas matronas suplían con su esfuerzo la ausencia de los Virreyes, empuñando las armas y desafiando el poderío de los hijos de Mahomet!

MANUEL DE LA CORTE.

Se continuará.

Cobra Noviembre 25 de 1832.

COSTUMBRES.

LAS COLACIONES.

Cada cosa en su tiempo, dice el refrán castellano, y los nabos en adviento; y pues afortunadamente pasó ya este con sus nutritivos y succulentos frutos, y nos hallamos en días de Pascua, no será fuera de propósito hablar de colaciones, que en tanto son cosas de Pascuas como los nabos de Adviento. Antes de todo contendría quizá explorar la alcurnia de la palabra *colaciones*, que es latina por sus cuatro costados; y también el porque se ha de dar el modesto nombre de colaciones, que en su origen significaba el frugal alimento, que tomaban los monges para sobrellevar el ayuno, á los episcopos regalos que con este nombre se designan. También sería oportuno entrar en la etimología de la voz *aguijuello* de origen sospechoso y que huele á moriseo; *etrennes* ó estrenos en francés, y *mancias* ó *mangas* en italiano, de donde se derivó nuestro adagio, *buenas son mangas después de pascuas*.

Peró dejando á un lado toda esta erudición etimológica, y un sí es no es pedantesca, entraremos de lleno en la cuestion de colaciones, acerca de la cual tengo pedida la palabra en contra. No anduvo flojo en la materia mi digno preopinante, el Sr. Breton, en su piececita titulada *Medidas extraordinarias por los parientes de mi mujer*, y mucho más dijera yo en este momento, si no temiera que la campanilla del Presidente me llamara al orden. Para eludir pues toda responsabilidad, me ceñiré á una relacion de hechos, ó por decirlo así, á la parte práctica de la cuestion, refiriendo un suceso reciente, ó por valermé de otra frase más del día *pulpitante*.

D. Nemesio Telapégan, empleado en una de las muchas oficinas de esta corte, está casado, por desgracia ó por fortuna, con una lugareña de tierra de Toledo, la cual le ha hecho ya en poco años padre de cinco hijos, por fortuna ó por desgracia. Los cinco hijos serian lo menos (eso que no son grano de anís), sino le

hubiera hecho pariente de una porción no pequeña de afines y consanguíneos, sin los cuales, y sin los hijos, lo pasaría bastante bien el bueno de D. Nemesio. Porque es de notar, que una gran parte de estos parentescos son de aquellos acerez de los cuales dice nuestro refrán: *Las que principian por s y por cu, lleoáte los tú.*

Los tales suegros, sobrinos y cuñados han dado en la manía de hacer á D. Nemesio agente de negocios, aunque en verdad sea dicho, ni él tiene tal vocación, ni cree que Dios le llama por ese lado. En pago de estas agencias que le obligan á perder el tiempo, rondar antesalas y quitarse el gorro ante los respetables concerveros de tribunales y oficinas, suelen regalarle anualmente por colaciones tal cual puchero de aceitunas ó cantarilla de arrópe, ó bien alguna carga de peros, ó un pollo, al cual se pudiera aplicar lo de Fr. Antolin: « ¡mancebito era el amigo!—para gallo le guardaba.

Hace pocos días, y antes de la Noche-Buena, recibió una carta en que uno de los consabidos parientes, le anunciaba con grande énfasis que remitía con el ordinario de su lugar un cesto con una arroba de manzanas, de lo mejor que se había cogido en las orillas del Tajo y sus ponderados eigarrales. Cualquiera, en vista de tantas hipérboles y ponderaciones, hubiera creído encontrar con las famosas manzanas de oro del jardín de las Hespéridas, que diz estaba hácia aquel río, aun cuando ni astrónomos ni gastrónomos han podido dar con él. En P. D., y como quien no diga nada, le encargaba á nombre suyo y de otros varios vecinos del lugar, doce suscripciones nada mas, entre obras que se iban á publicar y periódicos que se están publicando. Por supuesto, el importe se debía cargar en cuenta, la cual cuenta pagarán los parientes de D. Nemesio *ad calendas græcas*, que viene á ser lo que dicen los muchachos, cuando S. Vicente baje el dedo.

Atónito se quedó el pobre empleado con tan espantoso cúmulo de encargos; pero le sacó de su estupor otra cartaza que con la anterior había llegado. En ella avisaba el suegro, que con el mismo arriero remitía otra arroba de manzanas, y en P. D. le encargaba también que se informase del estado en que se hallaban sus cuatro pleitos; que presentase al procurador las adjuntas certificaciones (por supuesto la carta venía sin franquear); que entregase 40 rs. al sustituto de un nieto suyo, que estaba en el hospital militar, y otros 30 á un hijo de un vecino suyo, que está en presidio.

Esto de poner en la P. D. el objeto principal de la carta, y en el fondo lo que apenas merece el nombre de accesorio, es muy peculiar de Castilla la Nueva. Así v. g. un toledano, y aun mas un alcarreño, que vienen á pedirnos dinero, jamás os lo pedirán durante la conversacion. Unicamente al tiempo de marchar, y á veces despues de despedidos, será cuando interpelarán vuestro bolsillo, con la inevitable fórmula, *se me olvidaba decir á V., etc.*

Llegó por fin el tremendo día en que el ordinario se presentó con aquella en mano, reclamando el porte de las dos arrobas de manzanas, alegando que sus nu-

chas ocupaciones no le habían permitido sacar los cestos de la aduana, en donde los dejaba.

—¿Y cuánto es el porte?

—Veinte reales, y de ahí para arriba lo que V. guste.

—Pero hombre, ¿está V. en su juicio? poco mas valdrán las manzanas.

—Esa no es cuenta mía: 6 rs. por arroba es lo que se paga, pero ahora como todos los encargos son de poco peso, llevamos 10 rs. y 4 por los cabos sueltos.

¿Qué había de hacer D. Nemesio! alojó los cordones de su bolsillo y se dirigió al patio de la aduana. Este fue el peor paso que dió en todo el día: si me hubiera creído y enviado al ordinario á cobrar en manzanas, á los parientes á paseo, y los encargos á la hornilla del fogón, se hubiera ahorrado muchos disgustos y dineros. En vez de hacer esto, que era operación muy breve, se dirigió á la aduana creyendo que no había mas que llegar y besar el Santo, como suele decirse. Pero aun le faltaban peores pasos que dar: al entrar en el patio, no dejaron pasar adelante al sobrino que le sirve de criado. Hallose pues en medio de aquella babilonia, preguntando á todos los mozos por dos cestos de manzanas: al fin con el auxilio de uno de ellos, y despues de profundas investigaciones, pudo encontrarlos entre un fardo de pimienta y dos cargas de suela.

Iba ya á llamar á su sobrino para que cargase con los cestos, pero el mozo investigador le advirtió oportunamente, que había para ello algunos pequeños inconvenientes, pues nadie podía sacar de allí ningún género, sino los mozos de la aduana ó el interesado mismo; y además que necesitaba *indicar, registrar, pagar*, etc., etc.

Seria prolijo referir aquí los pasos y patadas que el pobre D. Nemesio hubo de dar en aquel gran patio, en todas direcciones y en todas sus oficinas: solamente podrá formarse una idea de ello, quien se haya visto en tales apuros. Despues de largo rato de esperar en el registro, le entregaron un medio pliego de papel con varias casillas, en el cual espresaba: « que D. Nemesio Telapégau sacaba dos cabos manzanas, n. 113 y 114, que por la puerta de Toledo había introducido el ordinario Saltamontes. » Desde aquí pasó á *indicar*, es decir, á que el Sr. Director se sirviese designar un vista, que reconociese el género. Hecho esto y despues de haber logrado, con no poco trabajo y pérdida de tiempo, que el vista (con anteojos) reconociese los cestos y espresase su contenido y su peso, marchó á la contaduría, en la cual apuntaron la cantidad que adeudaban por derechos, los cuales abonó en la tesorería próxima, en la cual tuvo la satisfacción de ver echar en su medio pliego de papel la sesta y última firma. En cambio, recibió otra cuartilla de papel, en la que espresaba haber abonado los derechos y que podía sacar los susodichos cabos.

Quizá parecerá á los que no hayan corrido estas aduanas, que hay algo de exagerado en esta narracion; pero podemos asegurar que es aun mas lo que se omite; y así como la campana de Toledo despues de referir

en una inscripción su peso, dice á los lectores que el que no la quiera creer que dé con ella una vuelta por la plaza de Zocodover; de la misma manera á los que no quieren creerlos, únicamente les deseamos que sus parientes les regalen manzanas como se las regalán á D. Nemesio, y que tengan que ir las á buscar por sí al patio de la aduana.

Luego pues que nuestro protagonista se balló investido con la facultad de sacar sus colaciones del sudoroso patio, á respirar otro aire vital menos espeso, tropezó con un nuevo inconveniente. Su sobrino cansado de esperar dos horas se había largado, y no le quedó mas recurso que cargar con los cestos ó confiarlos al mozo que le habia dado el hilo para salir de aquel laberinto: esto segundo le pareció mejor, y por tanto dirigió los pasos á su casa, seguido del acémila conductor. Ya creia D. Nemesio haber arribado al puerto cuando pudo tocar la cadena de la campanilla de su habitacion, pero aun le faltaba otro pequeño episodio. Eclió mano al bolsillo y entregó al conductor 2 rs. que le parecieron suficientes por la conduccion de dos cestos desde la aduana á la calle del Desengaño; pero el mozo se negó á recibirlos, alegando, que ningun mozo de la aduana podia conducir cosa ninguna menos de 4 rs.; costumbre plausible y altamente económica, que tambien han adoptado los mozos de diligencias, con no poco placer de los viajeros.

—¿Y quiénes han votado esa ley? ¿con qué autoridad? ¿qué publicidad le han dado?

—Siñor, es costumbre.

—Pues si es costumbre, en no siguiéndola dejará de serlo: al mal uso, dice el refran, se le corta el cabo.

—Ya vé su merecé: dos reales he de dar al portero cuando güelba, y algo he de ganar yo.

—Esa ley será para los dependientes de la aduana, ¿pero por qué ha de obligar á los demás?

Finalmente, por echar fuera aquella mosca, no tuvo D. Nemesio mas recurso que alargarle otros 2 rs.: recibiólos el gallego, y despues de enterarse de que no eran resellados, aun pidió *para copas*.

Libre por fin de tan importuno conductor, pudo proceder el malandante empleado á la apertura de los cestos; pero ¡oh desesperacion! las manzanas estaban podridas y despedian un hedor insufrible, y las pocas buenas, que cubrian la superficie, eran unas manzanas tan ágras como pequeñas, gracias á un *quid pro quo* del ordinario. Aquí fue el darse á Barrabás, maldecir de las colaciones, y entrar en cálculos tardíos. De porte 20 rs., 3 de derechos, 4 al mozo y 5 por las dos cartas de aviso llenas de papelotes: total 32 rs.; por poco mas se compraban buenas y escogidas en la plazuela de la Cebada. Y además de eso doce suscripciones que importaban 150 rs.; y 40 al sustituto, y otros 30 al presidario, que unidos con la partida anterior componen 242 rs. Dudo que costasen tan caras las manzanas mismas del jardin de las Hesperidas, aun cuando fuesen algo mas que naranjas, á las que llaman los franceses manzanas de oro.

Al fin los encargos estaban aun por hacer, y Don Nemesio creyó mas oportuno hacerse el desentendido

respecto de ello. En vez de contestar á sus parientes dando gracias, tomó la pluma y principió á escribir una comedia de costumbres, á la cual piensa poner por título: *Las colaciones, ó no ha lugar á los encargos*.

V. DE LA F.

ESPAÑA PINTORESCA.

LAS ISLAS BALEARES. (1)

La historia de las tres islas, especialmente la de Mallorca, ofrece mayor interés y atractivo de lo que á primera vista haria suponer su corta estension, y la continua dependencia en que se han hallado bajo el gobierno de la Peninsula, siguiendo casi siempre su destino y vicisitudes. Ciertamente que no se dieron en aquel suelo grandes y decisivas batallas, que no se trataron allí graves asuntos de diplomacia, ni se arregló desde aquel rincón la suerte de los Estados; pero la historia no tiene páginas solamente para estos ruidosos acontecimientos, si que tambien las abre á las crónicas y tradiciones, á los hechos y revoluciones en escala menor, tan interesantes é instructivos á veces como los de mas importancia, y á los que no ha faltado quizá sino un teatro mas vasto para ser celebrados: y por mas que las Baleares sean un grano de arena en la balanza europea, no puede negarse bajo aquel aspecto que ofrecen una mina riquísima y fecunda. En lo cual, á mi entender, se han equivocado sus historiadores, pues descuidando esta curiosa parte, que hubiera prestado originalidad á sus trabajos, se esforzaron á costa de exageracion y declamaciones en darles una importancia y trascendencia política, de que carecia su materia, ó adoptaron sin examen dudosas glorias ó soñadas fábulas, para adornar con ellas á su patria, cubriendo con estos postizos laureles su peculiar caracter y fisonomía.

Así, pues, omitiremos las conjeturas sobre la etimología griega del nombre genérico de Baleares, y sobre la etimología latina del nombre particular de cada una; dejaremos á un lado los Hércules y Geriones, y los Celtas y los Fenicios, y las hondas baleáricas, que prestaron á Anibal tanto auxilio, y la fundacion de Janna, Magon y Janicera en Menorca por los Cartagineses, y la de Palma, Ciniuni y Polencia en Mallorca por los Romanos; los timbres de Metelo, el Baleático y el lustre de las colonias romanas: hechos todos medio cubiertos en las nieblas de la era fabulosa, ó anegados, por decirlo así, en la grandeza del Imperio Romano, en aquel periodo en que los mas dilados reinos apenas tenían la importancia de provincias. Como la España, recibieron las islas desde muy temprano la luz del Evangelio, pues en el siglo IV era ya Severo obispo de Menorca; como la España, fueron juguete de los Vándalos y de los Godos; y como España, en fin, aunque

(1) Véanse los números anteriores.

muchos mas tarde, pasaron bajo el dominio de los Sarracenos á últimos del siglo VIII.

Al principio fueron las islas gobernadas por un Wali, dependiente del Emirato de Denia y vasallo de los Reyes de Córdoba; pero cuando fué disolviéndose este vasto y compacto imperio, fundado por los Arabes en España, y erigiéndose en señoríos independientes las provincias que lo componian, se constituyó tambien Mallorca en una especie de reino, sirviendo ora de presa á la ambicion de los vecinos reyezuelos de la Península, ora de asilo á los emigrados que huian de Córdoba en las sangrientas discordias de los Almoravides y Almohades, y que trasladaban á aquella isla sus rencillas arrojándose mutuamente. Mas no por estos cambios y agitaciones dejaron las Baleares de prosperar bajo los Sarracenos, y de acrecentar su poder marítimo, con el cual sus habitantes se hicieron en el Mediterraneo terror de los buques y de las costas cristianas con sus piraterias y desembarcos, y llegaron hasta el extremo de sitiarse por dos veces á Barcelona á últimos del siglo X, tomando en la segunda á aquella ciudad, y matando al Conde Borel en la batalla. Varias veces se armaron los Príncipes cristianos para vengar tales agravios: y ya al empezar el siglo IX Carlo Magno, á ruegos de los mallorquines cristianos escapados á Francia, envió una escuadra al mando de su nieto Bernardo para recuperar á Mallorca, cuya conquista fué de corta duracion. En el siglo XII la tomaron dos veces los cristianos á los Sarracenos: en 1108 se apoderaron de la isla los Pisanos después de poner un sitio de seis meses á la capital, y se llevaron á Italia á la esposa y al hijo del Wali, quien, despues convertido y promovido al sacerdocio, yace en la catedral de Pisa; y en 1147 la conquistó el célebre D. Ramón Berenguer, Conde de Barcelona y Rey de Aragón; pero en aquel siglo caballeresco se curaban mas de emprender conquistas que de conservarlas, y los moros aceptaban la partida del vencedor para arrojarse de nuevo sobre su presa.

Por fin el jóven Rey de Aragón Jaime I, ansioso de gloria y de venganza, reuniendo en Cortes á sus barones, y aprestando una poderosa armada á la que contribuyeron no poco muchos prelados con soldados y dinero, se hizo con ella á la vela para Mallorca, adonde logró aportar, despues de una violenta tempestad, en Setiembre de 1229, desembarcando, no sin combate, en Santa Ponsa al extremo occidental de la bahía de Palma. Despues de otra victoria ganada á costa de sus mas ilustres capitanes, y de un encarnizado sitio de tres meses puesto á la ciudad, y sostenido con vigor y brío por los moradores, entró por sus puertas triunfante el último dia de aquel año; y despues de haber permitido á las tropas algunos dias de saqueo, y de espeler del resto de la isla á los moros refugiados en los montes, se dió prisa á verifícar el repartimiento de las casas y propiedades de Mallorca entre él y los señores y prelados que le auxiliaron. Bien pronto mudaron de aspecto la ciudad y la isla; por todas partes se convirtieron las mezquitas en templos, ó se edificaron estos de nuevo, instituyóse un obispado, establecióse un buen gobierno, asaz libre y popular; acudieron colonos

de todas las provincias de Aragón, atraídos por la fertilidad de aquel suelo, por la buena posicion y auge de su comercio, y por los numerosos privilegios que el conquistador les concedia. Este gran Monarca que visitó aun otras tres veces su querida isla, la dejó á su muerte (1276) á su segundo hijo Jaime, junto con los estados del Rosellon y Cerdeña, formando de todos ellos el reino que se llamó de Mallorca. Apenas subió al trono Jaime II conoció todas las dificultades de su posicion; y temiendo la ambicion del Rey de Aragón, su hermano mayor, que miraba aquel pequeño reino como un robo á su herencia, se adhirió al Rey de Francia, con quien aquel estaba en guerra, concitando así mas la tempestad que pretendia desviar. Sitiado en Perpignan por su hermano tuvo que huir, dejando en sus manos á su esposa é hijos, mientras que su sobrino Alfonso III se apoderaba de la isla, sin hallar resistencia /apenas mas que en el castillo de Alaró y en los soldados Gabrit y Basa, que por premio de su lealtad fueron atrocemente condenados á la hoguera. Desde allí pasó Alfonso III á conquistar la isla de Menorca, única que quedaba en poder de los moros, pues la de Ibiza habia sido libertada en 1285 por el Conde Nuño Sans y el Arzobispo de Tarragona; y despues de varios combates y vigorosa resistencia, la dejó enteramente sometida en los primeros meses de 1287. Por fin el Rey de Aragón por mediacion del Papa restituyó el reino de Mallorca á su tio Jaime II, quien gozó de él tranquilamente hasta su muerte en 1311. En su reinado floreció el famoso Raimundo Julio, aquel filósofo mártir, de ciencia enciclopédica y de corazon de fuego, cuya conversion es tan singular como su muerte; verdadero coloso, cuya grandeza asombró á nuestro siglo, si se escavase la arena y polvo que la sepulta.

Sucedió á Jaime II su hijo Sancha, quien en su reinado harto pacífico, permaneció casi siempre en Perpignan, y falleció allí en 1325, dejando el cetro á su sobrino Jaime III, de menor edad, hijo del Principe Fernando, que se distinguió en las guerras de los catalanes en Oriente. Jaime III para afirmarse en el trono casó con Constanza, hermana de Pedro IV de Aragón; pero de nada le valió contra la ambicion de su cuñado, quien despues de mil engañosos albagos, de mil increíbles calumnias, y de un proceso formado por la iniquidad y llevado á cabo por la violencia, lo declaró destituido del reino, y desembarcó con su armada en Mallorca en 1343, dispersando las tropas de Jaime III y ocupando sin trabajo la isla. El infeliz Monarca destronado erró muchos años en países extranjeros, hasta que animado por la desesperacion, y reuniendo un puñado de gentes entre súbditos fieles y soldados mercenarios, desembarcó en las playas de Lluenmayor, peleó con las huestes aragonesas que guarnecian la isla, y murió ahogado de enemigos con mas gloria de la que habia vivido. Un almogabar le cortó la cabeza. Su hijo Jaime, escapando mas tarde del castillo donde estuvo encerrado muchos años, huyó á Nápoles, donde casó con la Reina Juana; y al penetrar luego en Cataluña auxiliado del Rey de Castilla para pedir cuenta á su tio del usurpado trono, murió envenenado. Muchos señores de Mallor-

ca sellaron con su sangre en el cadalso su lealtad á Jaime III.

Desde entonces quedó Mallorca definitivamente unida al reino de Aragón; y explotada hasta el extremo por su nuevo Señor, y obligada á aprontar cada día subsidios y donativos, y á armar para la guerra de Cerdeña dos escuadras que se perdieron, espú muy pronto su negligencia en defender á sus reyes, bajo cuyo paternal gobierno gozara de tanto esplendor y prosperidad. Favorecida por su posición en la escala de Levante, y por su riqueza interior, era el punto de concurrencia de españoles, italianos y provenzales; en un arrabal solo contaba la capital mas de doce mil marinos, y en su puerto de Portopí, ya casi cegado, cabían trescientas galeras. Mas en la última mitad del siglo XIV y en todo el XV parece se conjuraron todas las calamidades para deslustrar su brillo y minar su grandeza: pestes horribles en 1348 y 1374, de las cuales la una arrebató quince mil y la otra treinta y cinco mil habitantes; hambres, conjuraciones de esclavos, derrota de la *Armada Santa* en las costas de Berbería, y muerte de su jefe el Virey Hugo de Anglesola (1398); inundación de la Riera, torrente que atravesaba entonces la ciudad, en la que perecieron cinco mil quinientas almas, y fueron destruidas mil seiscientas casas (1403). Aumentáronse estos males con las discordias intestinas: en 1391 los campesinos ó payeses despues de sitiar la ciudad atropellaron al gobernador Zagorniga, y rompiendo el muro penetraron en ella, donde unidos con otros de dentro, saquearon bárbaramente el barrio de los Judíos, dando muerte á mas de trescientos, y robaron los tesoros del comun y las casas de varios caballeros, á quienes acusaban de factores de aquellos sectarios. La multa con que el Rey de Aragón castigó á la isla por estos desmanes, la esterilidad de las cosechas y otras muchas causas, aumentaron enormemente la penuria y las deudas del Erario, los impuestos, la miseria, las quejas y el descontento de los payeses, que despues de varios litigios y protestas rompió furiosamente en 1450, en que la ciudad sitiada y estrechada por el hambre, vió por dos años temblar las banderas de los rebeldes al pie de sus muros, y oyó los gritos de mortandad y esterminio con que la amenazaban los sitiadores, unidos de inteligencia contra los nobles con los artesanos de dentro la capital. Intervino la fuerza enviada desde Nápoles por el Rey Alonso V, y se restableció la paz á costa de numerosos suplicios que ensangrentaron todas las plazas y caminos.

En esta decadencia de cosas, aumentada con algunas hambres y pestes posteriores, y en este sordo descontento de los ánimos, lo que no impidió sin embargo á los mallorquines el auxiliar bizarramente con sus guerreros las gloriosas expediciones de Alonso V de Aragón y luego de Fernando el Católico, transcurrió el siglo XV, en el cual nada mas hubo de notable que el primer uso de la imprenta en 1488, y el episcopado de D. Rodrigo de Borja, del célebre Alejandro VI, que nunca vió no obstante su diócesis. Pero al empezar el siglo XVI en 1521 llegó á Mallorca la voz de las comunidades de

Castilla y de Valencia, y no se necesitó mas para hacer revivir los antiguos odios y pretensiones. Reunjiéronse gran número de artesanos ó gremios de la capital, eligiéronse de entre ellos mismos un jefe, como tribuno y como dictador, destituyeron y desterraron á Ibiza al Virey, y obligaron á salir de la ciudad á los principales habitantes; pero no satisfechos de esto se ensangrentaron con crueles asesinatos, sin respetar la propiedad, ni el sexo, ni los cadáveres mismos, y fueron en masa á sitiar á Alcedia, población fortificada donde se habian guarecido los nobles fugitivos, que se defendieron con el valor de la desesperacion por espacio de un año, hasta que llegó una escuadrilla del Emperador, mandada por el Virey, á poner término á aquellos desórdenes. Las tropas turcas que dar muchas batallas á los comuñeros, y ganar el terreno palmo á palmo, y hasta el 2 de Marzo de 1523 no pudieron entrar en la ciudad á pover paz, que fué seguida del suplicio de Juan Odon Colom, jefe de aquellas comunidades, que no fueron sino un rapto de violenta democracia.

Lo restante del siglo XVI no se distinguió sino por las dos visitas que hizo á Mallorca el Emperador Carlos V, y por las numerosas invasiones con que afligieron los moros las costas de las Baleares, y que dieron ocasion á sus habitantes de mostrar su denuedo en acciones que á veces fayan en fabulosas. A veces eran veinte y ocho hombres, como en Valldemosa, que acometian á mas de quinientos moros cargados de botín, y libertaban con su denuedo á sus hijos y mugeres cautivas; á veces quedaban tendidos en el campo, como en Soller, quinientos de los invasores con su caudillo. Dos veces desembarcaron los turcos en Pollensa, en Alcedia y en Andraitx, y siempre fueron rechazados por labradores inespertos, armados sin disciplina y á la ventura, y acudidos por algun valiente jefe, que compraba á veces con su vida la victoria. Mas felices los turcos en Menorca, donde Barbaroja en 1535 habia pasado ya á sangre y fuego la villa de Mahon, cuyas puertas le abrieron perdidamente los principales de la población para salvar sus familias, aportaron con su armada á Ciudadela, y desembarcando un ejército de quince mil hombres, tuvieron sitiada durante ocho dias la ciudad, sostenida apenas por seiscientos hombres y por el denuedo de su gobernador Arquimbau. El 9 de Julio de 1538 entraron al fin por la brecha en la ciudad; muertos ya la mayor parte de sus defensas, incendiaron el archivo, y á la gente que quedaba, parte se la llevaron cautiva á Constantinopla, parte la degollaron en una playa que conserva todavía el nombre de Degollador.

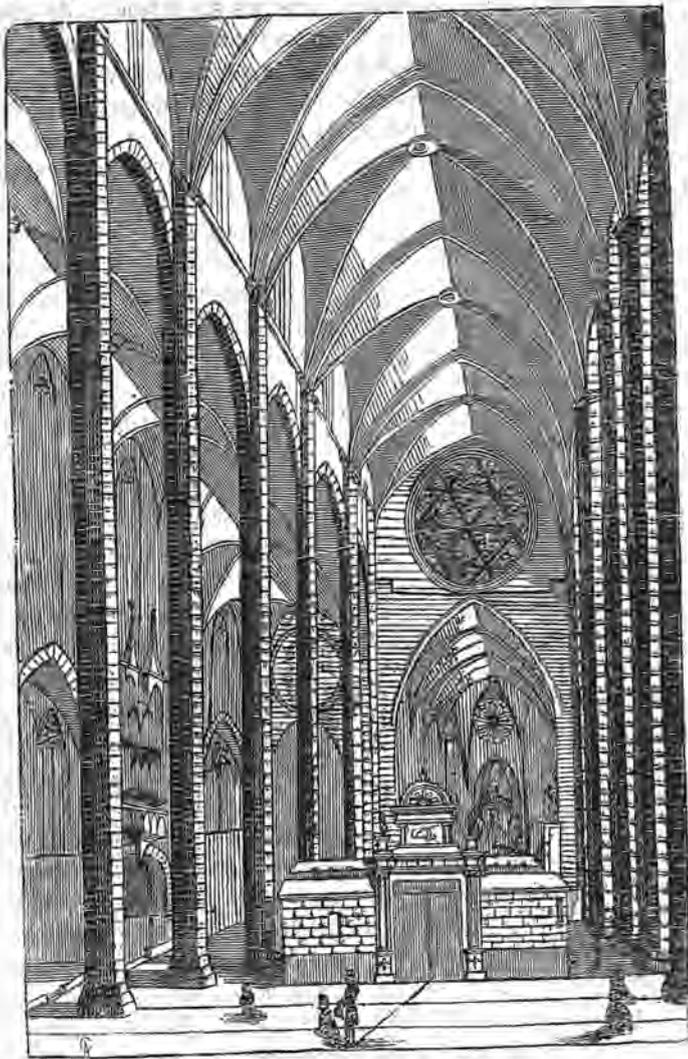
A principios del siglo XVII llegaron á su colmo los bandos y discordias de los nobles de Palma, que mas de una vez habian ensangrentado ya, no solo las calles y plazas de la ciudad, sino aun los mismos templos. Divididos entonces con el nombre de *canamunts* y *canavalls* (los de arriba y los de abajo) tomado de los dos barrios de la ciudad, se asesinaban unos á otros, juzgando licitos todos los medios para destruirse, sin perdonar á las mismas damas; un arcabuzazo disparado en el campo, en la calle, en las mismas casas por mano mercenaria, libertaba á cada

cual de su enemigo: todo era ódios, venganzas y confusión, y nada mas extraño y terrible que la apatía con que toleraban las autoridades aquellos atentados, y la indiferencia con que los apuntan las crónicas contemporáneas. Varias veces los obispos intentaron conciliar los ánimos, y lograron en efecto hacer firmar las paces á los bandos encarnizados, pero á poco volvian á renovarse con mayor fuerza las discordias, permaneciendo de esta suerte mas de medio siglo. Añádase á esto otra calamidad que debió su origen y siguió á estos disturbios, las gavillas de bandidos que despues de haber servido á venganzas particulares saqueaban y mataban por su cuenta, cubriendo la isla con su número, y aterrándola con su poder y barbarie, sin que numerosos suplicios bastaran para extinguirlas: añádanse la peste de 1652 que despobló la isla, hambres crueles, desavenencias reñidas y continuas entre las autoridades civiles y eclesiásticas, con extrañamientos y violencias de una parte, y excomuniones y anatemas de la otra, y se tendrá un bosquejo del triste cuadro que ofreció Mallorca durante el siglo XVII.

Llegó la guerra de sucesion para aumentar sus desgracias, y en 1706 á vista de la armada del Archiduque anclada en la bahía de Palma, se sublevó la marina

en su favor, persiguiendo á los partidarios de Felipe V, y dando muerte al gefe de estos D. Gabriel de Berga. Hasta 1715 perseveró Mallorca en la devocion del austriaco, y aunque se rindió luego al solo amago de una escuadra francesa, no evitó por esto el enojo de Felipe V, que la privó de sus franquicias, privilegios y antiguas formas de gobierno, igualándola en todo al continente, desde cuya alteracion puede decirse que data el fin de la historia particular de esta isla. La de Menorca empero fue en el curso de todo el siglo XVIII juguete de los extranjeros que se disputaron encarnizadamente el puerto de Mahon, como riquísima joya. Conquistada en 1704 por los ingleses durante la guerra de sucesion al mismo tiempo que Gibraltar, y confirmada en su posesion por la paz de Utrecht, permaneció bajo el poder británico, hasta que en 1756 pasó á de los franceses, cuya dominacion efimera tuvo que ceder muy pronto á una nueva escuadra inglesa. Mas feliz en 1782 el Duque de Crillon, gefe del ejército español, logró arrancar aquella preciosa isla de las garras de Inglaterra, no sin que volviera á caer en ellas en 1798, para ser restituida de nuevo á España en 1801.

JOSÉ MARIA QUADRADO.



(Vista del interior de la catedral de Palma.)